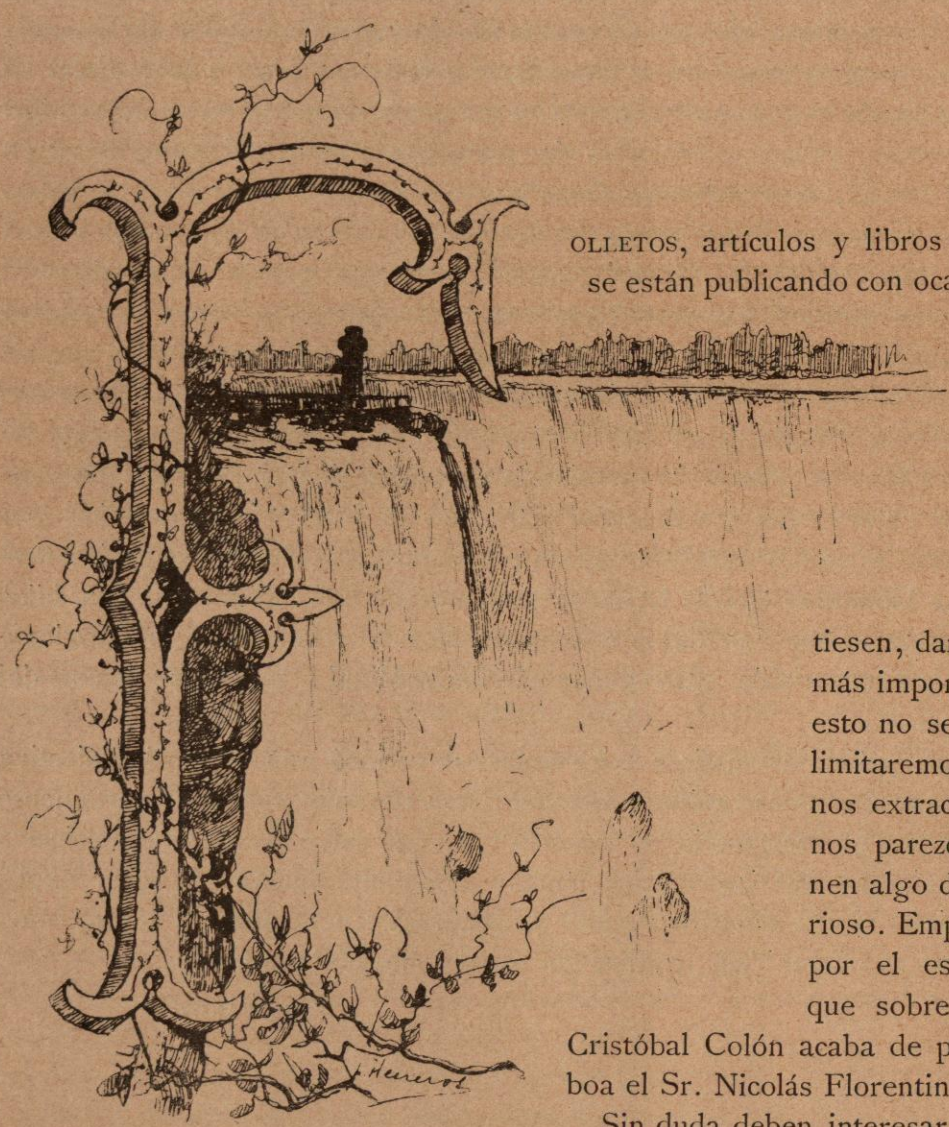
DOÑA FELIPA MONIZ DE MELO

MUJER DE COLÓN



FOLLETOS, artículos y libros en abundancia se están publicando con ocasión del cuarto centenario del descubrimiento de América. Bien quisiéramos, si las dimensiones de nuestro periódico lo consintiesen, dar noticia de los más importantes. Ya que esto no sea posible, nos limitaremos á hacer algunos extractos de los que nos parezca que contienen algo de nuevo y curioso. Empezamos, pues, por el estudio histórico que sobre la mujer de Cristóbal Colón acaba de publicar en Lisboa el Sr. Nicolás Florentino.

Sin duda deben interesar todos los pormenores que acerca de la vida del gran descubridor se pongan en claro; pero este estudio es de singular interés porque contradice lo que muchos han supuesto y sostenido de que Cristóbal Colón, ilustrado por los navegantes portugueses y por pa-

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo II.

pelés que dejó su suegro, concibió la idea de buscar tierras y de hallar camino para la India, navegando hacia el Occidente.

Es indudable que todo grande hombre, que ha importado mucho en la historia del linaje humano, para el éxito feliz de sus altos hechos, pensamientos ó escritos, no ha contado sólo con su genio. La fortuna, ó hablando más piadosa ó más científicamente la Providencia divina ó la ley que ordena el curso de los acontecimientos, le ha hecho nacer y vivir en el momento oportuno y le ha puesto en el lugar adecuado y en el más propicio medio ambiente, para que se inspire, conciba su plan y le realice. Absurdo sería, para realzar la gloria de Colón, querer eximirle de tales condiciones. Sería convertirle en personaje fantástico y sacarle fuera de la realidad de la vida. Á fines del siglo XIX y con personajes, por egregios que sean, que vivieron cuatro siglos ha, no es ya posible forjar una apoteosis, imaginar una leyenda épica, y trocar lo real del ser por una vaga idealización ó por un poético ensueño. Colón hizo mucho más que el hijo de Semele, y más que Osiris, y más que los Argonautas, pero ya no es lícito transformarle en Dios, en semidiós, ni en Santo. Es menester que siga viviendo en la memoria de los hombres como un semejante nuestro, con todas las flaquezas, pasiones y aun faltas propias de la humanidad. Así, en vez de oscurecerse su gloria, de perder mérito su constancia y su tenaz y sublime empeño y de rebajarse en lo más mínimo la maravillosa y sin par terminación de su empresa, aparecerá todo con luz más clara y radiante, sin nieblas que lo esfumen y confundan. Cuanto se ha dicho, pues, ó se diga, al parecer en contra de Colón, como no sea calumnioso, marca más su fisonomía, dibuja, completa y anima su figura moral, y hace que su ser y sus hechos hieran con mayor profundidad nuestra mente, no como la hiere lo soñado, sino como lo vivido la hiere.

Porque Dios quiso que Colón fuese quien fué, Dios le hizo nacer cuando nació, y le hizo venir á esta Península, cuando los pueblos que la habitaban se sentían irresistiblemente impulsados á llevar por toda la tierra la civilización de Europa, y cuando ya hacía treinta ó cuarenta años que pugnaban por penetrar y por divulgar los misterios del mar tenebroso, por surcar su amplitud ignorada y por vencer obstáculos reales y disipar vanos terrores, llegando á la India, al Japón, al Catay, á la imaginada Corte del Preste Juan y á las islas de las aromas y de las perlas.

Nada ocurre fuera de sazón ó sin antecedentes. Necesario fué que Colón viviese en este medio, entre la gente cuya principal preocupación era ir por mar á la India, para que proyectase ir él también á la India, con menos rodeos, dirigiéndose hacia el Ocaso. Pero, si prescindimos de esta vaga y natural sugestión, bien puede afirmarse que Colón no se valió de noticias de anteriores viajes, ni de mapas, ni de apuntes, ni de revelaciones de otros navegantes, para formarse la arraigada convicción de que, al Occidente de las islas de Cabo Verde, hallaría otras islas y más allá la India oriental, y para resolverse á abrir á los hombres este camino, si encontraba quien favoreciese y secundase su propósito. Los fundamentos y razones que tuvo Colón están todos expresados con sinceridad y por completo en los primeros capítu-

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo II.

los de la *Historia* que de él escribió su hijo, y no creemos que haya nada que añadir en esto.

El casamiento de Colón en Portugal y las relaciones que contrajo de resultas con los Perestrellos, no influyeron para nada en su ulterior destino.

Don Fernando Colón estaba mal informado cuando asegura que su padre heredó *escrituras y cartas de marear* de su padre político, que había sido un gran navegante. Del estudio del Sr. Florentino se saca en claro que Bartolomé Perestrello distaba mucho de haber sido gran navegante, y que, si dejó papeles, de nada hubieron de servir á Colón.

El primer Perestrello, que figura en Portugal, fué el padre de Bartolomé, suegro de Colón. Se llamaba Felipe, era de Lombardía, y vino á Portugal, á buscar fortuna, como otros muchos compatriotas suyos, á fines del siglo XIV. Para libertarse de ciertos tributos, probó Felipe que era noble de nacimiento, según consta de un documento de 8 de Enero de 1399, que Florentino cita.

Felipe casó con una dama llamada doña Catalina de Melo, de quien tuvo cuatro hijos: Ricarte, Isabel, Blanca y Bartolomé, el menor.

Ricarte siguió la carrera eclesiástica y fué cura de la más rica parroquia del arzobispado de Lisboa. Su estado, según entonces solía acontecer sin que nadie se escandalizase, no impidió que Ricarte tuviese dos hijos, que fueron legitimados por Real cédula dada en Cintra á 11 de Junio de 1423. Estos hijos de Ricarte y los hijos de ellos alcanzaron gloria y fortuna en las guerras, navegaciones y empresas de los portugueses en la India y en la China, pero los altos hechos, que de ellos refiere Florentino, fueron después de 1492, por donde su primo ó tío político Cristóbal Colón, más que imitarlos, les pudo servir de estímulo y modelo.

Las dos hermanas de Ricarte, Isabel y Blanca, fueron, según dicen, hermosísimas mujeres, y amigas ambas del opulento y nobilísimo arzobispo de Lisboa, D. Pedro de Noroña. De tan poca edificante amistad provino larga serie de Noroñas ilustres; alcaides de fortalezas, héroes en batallas famosas, obispos, embajadores y grandes maestres. El hijo primogénito del arzobispo y de doña Isabel Perestrello, llamado D. Pedro como su padre, tuvo la honra de representar por poderes al príncipe heredero de Portugal D. Alonso, en su casamiento con doña Isabel, hija de los Reyes Católicos.

El cuarto hijo de Felipe Perestrello, Bartolomé, suegro de Colón, no vemos, á pesar de la diligencia con que el Sr. Florentino lo escuadriña todo, que se distinguiese y descollase mucho en nada. Sin duda, más que á sus méritos y servicios, al poder y al favor de sus hermanas debió bastante de su posición, que no fué nunca muy alta, y de su fortuna, que no fué próspera.

Gonzálvez Zarco y Tristán Vaz fueron los descubridores de la isla de Porto Santo. Nada prueba que Bartolomé los acompañase en la empresa del descubrimiento. Todo tira á demostrar que fué graciosa la concesión que el Rey hizo á Perestrello de dicha isla para que la colonizase.

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo II.

Como Porto Santo no era fértil y como poco después descubrieron Vaz y Zarco la fertilísima isla de Madera, á Porto Santo tan cercana, el pobre Bartolomé no recogió más que desengaños y apuros en su obra de colonización. Atribulado, cansado y abatido, no llegó á edad avanzada. Murió á los 50 años de edad, en 1457.

Tres veces estuvo casado. De su segunda mujer tuvo varias hijas, que casaron con ilustres personajes. Su tercera mujer quedó viuda con una hija, futura esposa del descubridor de América. Llamábase esta señora doña Felipa Moniz de Melo, apellido muy noble de su madre, y tendría 21 años, cuando en 1475 Colón se casó con ella. Dicen que era *moza muy linda*, y parece evidente que Colón y ella se casaron enamoradísimos, porque ella estaba pobre y desvalida cuando Colón la conoció, y él no menos desvalido y pobre, y sin nada por donde pudiera prever el más lince la ventura, la gloria y la grandeza que los cielos le preparaban.

La boda se celebró en Machico, y en seguida los recién casados, y la madre de la novia, doña Isabel Moniz, se fueron á vivir á Funchal, capital de la isla de Madera. doña Isabel se había establecido en esta isla recogiéndose en casa de su padre Vasco Martins Moniz, y había abandonado la isla de Porto Santo, cediendo todos sus derechos á un su pariente llamado Pedro Correa.

Supone Florentino, á quien casi siempre nos limitaremos á extractar, sin aprobación ni corrección, que el glorioso genovés vino á Portugal, en 1474, y que, habiendo nacido en 1446, tendría entonces 28 años. Casóse, pues, antes de cumplir los 30. Su venida á Portugal había sido, como la de muchos compatriotas suyos, desde mediados hasta fines del siglo xv, para buscar fortuna, atraídos por las grandes empresas marítimas de los portugueses. Así habían venido Spínolas, Dorias, Cataneos, Cezaris, Uzadamaris, Salvagos, Lomelinos y Grimaldis.

Es casi seguro que Colón y su mujer vivieron en Funchal con muchos apuros y estrecheza.

En 1476 les nació su único hijo D. Diego. Poco después hubo de morir doña Felipa.

Colón debía ya estar viudo cuando, en 1477, emprendió su viaje á Islandia.

De la vida de Colón, mientras estuvo casado, nada se sabe, sino su pobreza.

¿Abrió tienda? ¿Puso casa de huéspedes? ¿Dibujó y vendió cartas de marear? Son preguntas de Florentino.

Desde 1477 hasta que Colón vino á España con su gran proyecto, Colón hubo de seguir una vida agitadísima de lances y aventuras por mar, de la cual creemos que se sabe poco y sobre la cual muchísimo puede fantasearse y algo se fantasea.

El niño Diego, hijo legítimo de Colón, hubo de quedar al cuidado de su bisabuelo materno Vasco Martins Moniz, que vivía en Machico, en bastante buena posición y desahogo, pero con tan numerosa prole á quien proteger y amparar, que á ninguno de ella podría tocar muy lucida porción en el reparto.

Como Florentino se limita á tratar de la mujer de Colón y de su parentela, sobre la cual trae cumplidas y abundantes noticias, nada nos dice de lo que hizo Colón desde que fué á las regiones árcticas hasta que vino á España.

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo II.

En este oscurísimo período de la vida de Colón (siete ú ocho años) hemos de poner, si les damos crédito, las navegaciones, lances y combates de Colón, bajo las órdenes del corsario Colombo el Mozo, su pariente.

Si el mismo D. Fernando Colón no lo asegurase en su *Historia*, suponiéndola suya, bien podríamos negar que el futuro Almirante hubiese servido bajo las órdenes del otro Colombo, corsario, y aun que éste fuese su pariente. ¿Cuántos, sin ser parientes llevan el mismo apellido? Además que los Colombos corsarios tal vez fueron griegos, y no se llamaron Colombos por apellido, sino por apodo antifrástico de sus prendas y cualidades, más propias de gavilanes que de palomas.

De cualquier modo que sea, la manía de aparecer de ilustre cuna, en todos los siglos y países y más aun en España, en los siglos XV y XVI, puede hacer incurrir á hombres discretos y juiciosos en extrañas aberraciones. Posible es, por lo tanto, que D. Fernando Colón y aun su mismo padre tuviesen cierta mala vergüenza de decir que eran de una familia de artesanos humildes, y supusiesen, con más ó menos motivo, ó tal vez sin más motivo que la coincidencia del apellido Colombo, que los corsarios, así apellidados, eran sus cercanos parientes.

Más general era aún, en aquella época, la antieconómica preocupación contra los oficios mecánicos y el sonrojarse de haber sido menestral. Nadie atinaba á comprender que un noble lo hubiese sido sin desdoro. Así, por ejemplo, el padre maestro fray José de Valdivielso niega, en su *Poema de San José*, que el Santo, descendiente de David, fuese carpintero para ganarse la vida, y presume que su carpintería fué de afición y para entretenimiento, contando el casto Patriarca para sustentarse, como debe sustentarse un hidalgo, con rentas, y, como si dijéramos, con títulos de la deuda:

Pues debió de tener juros reales,
Cual descendiente de señores tales.

¿Hubo en D. Fernando Colón y en su padre sentimientos por el estilo, tan extraviados, pero tan de acuerdo con la edad en que vivieron? ¿Consideraron poco honroso el oficio de tejedor de lana y honrosísimo el de corsario? ¿Y engañándose ellos mismos, y poniendo la vanidad alas á la fantasía, llegaron á jactarse de que eran de la familia de los Colombos corsarios, y no de los Colombos tejedores, y de que Cristóbal, en vez de haber tejido en paz, había ido guerreando por los mares á las órdenes de uno de los tales Colombos, con cuyo nombre tremendo se asustaba entonces á los niños, como D. Fernando afirma?

Todo esto es raro y confuso y no es fácil decidir dónde está la verdad.

El Sr. Florentino, apoyándose en modernos autores genoveses, aunque no los cite, así como el inglés Clemente R. Markham, en una erudita disertación, que leyó el 20 de Junio de este año, en la Real Sociedad Geográfica de Londres, dan por evidente que Domingo Colón fué tejedor de lana, y que su hijo Cristóbal ejérció el mismo oficio, al menos en su primera mocedad.

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo II.

Gracias á los doctas investigaciones del marqués Marcelo Staglieno y á los trabajos del Sr. Harrisse, Markham afirma que están fuera de duda la prosapia del gran descubridor y el año y el lugar de su nacimiento.

Abuelo de Cristóbal fué Juan, y padre Domingo, nacido en Terrarossa, valle de Fontanabuona. Domingo casó con la hija de un tejedor de seda, llamada Susana Fontanarrossa, y ésta fué la madre de Cristóbal. Su nacimiento, ya hemos visto que, según Florentino, fué en 1446. El ya citado Markham le pone un año más tarde: en 1447.

En cuanto al lugar en que Colón nació parece que fué en Génova, en la cuesta llamada *Vico dritto di Ponticelli*, entre la puerta de San Andrés y la iglesia de San Esteban, barrio y parroquia de los tejedores.

Lo que permanece oscuro y contradictorio es cómo de Cristóbal Colón aseguran muchos á la vez, Markham entre ellos, que desde la edad de 14 años (desde 1461) anduvo navegando por los mares de Levante, y que fué tejedor, aprendiz por lo menos, y estuvo en casa de su padre, hasta el año de 1474, en que su padre Domingo, tuvo que vender una casa de propiedad de su mujer, en cuya escritura de venta, fecha 7 de Agosto de aquel año, figura Cristóbal como testigo. Es cierto que la contradicción puede conciliarse, imaginando que Colón tejía ó navegaba por temporadas, alternativamente; lo cual es raro, pero no imposible. Como quiera que ello fuese, ni con los telares ni con las navegaciones prosperó Colón, y, viendo el mal estado de la casa y hacienda de su familia, fué á Portugal en 1474 á buscar fortuna.

Desde 1474 á 1477 ya hemos visto lo que se sabe.

Desde 1477 hasta 1485, año en que vino Colón á España, volvemos á la oscuridad en que se ponen todas las aventuras románticas y los misterios de Colón.

Si todo ello es falso, D. Fernando Colón tuvo la culpa de que se creyese, asegurando que su padre estuvo, *mucho tiempo*, navegando con el corsario Colombo el Mozo, y que se halló en el feroz combate de las galeras corsarias contra las galeras venecianas, cargadas de ricas mercancías, donde, por haberse incendiado el barco en que iba Colón, éste tuvo que salvarse á nado, y así aportó á Portugal.

Don Fernando lo refiere todo, pero con fecha equivocada, en más de diez años. Pone el suceso en 1474, antes de casar Colón con doña Felipa; y estuviese ó no Colón en él, el suceso no pudo ser sino en 1485. El Sr. Lawrence, autor de un artículo publicado en el *Harpers Magazine*, de Abril último, remedia esto, á su manera: pone la boda de Colón con doña Felipa, en 1485, después de la vida de corsario y de la casi milagrosa salvación á nado de nuestro héroe.

El Sr. Markham resuelve las dificultades calificando de fábulas los servicios ó hazañas de Cristóbal Colón, bajo el mando de tíos imaginarios, ó piratas ó almirantes del rey de Francia, Carlos VIII.

La existencia real de los Colombos piratas, y sobre todo de Colombo el Mozo, parece que no se puede negar. Zurita habla del combate naval del cabo de San Vicente y nombra al vencedor Colombo el Mozo, capitán de la armada del rey de

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo II.

Francia. Y en los papeles de Estado de Venecia, publicados no hace mucho, se dice lo siguiente, que Lawrence cita: «El 18 de Septiembre llegaron noticias de que el 22 de Agosto nuestras cuatro galeras de Flandes, al mando de Bartolomé Minio, después de zarpar de Cádiz, se encontraron con Colombo, ó sea con Nicolás el griego, capitán de siete bajeles armados, bajo la bandera del rey de Francia. Era de noche, pero, al romper el día, vinieron á las manos. Hubo 300 muertos. La batalla duró once horas. Colombo, por último, quedó victorioso, se apoderó de las galeras, y se las llevó al puerto de Lisboa.»

Fundado, sin duda, en este evidente hecho histórico, es muy posible que D. Fernando Colón, alucinado y deseoso de hacer más novelescas y poéticas las oscuras mocedades de su padre, forjase ó adoptase la fábula de que Colón se halló en dicho combate bajo las órdenes de su tío y tuvo que salvarse á nado de las galeras incendiadas, incendio de que nada dicen los papeles de Venecia y que pudo ser también invención. Por negociaciones diplomáticas de la República se cuenta que Carlos VIII hizo que los corsarios lo devolviesen todo.

¿Fué, pues, ficción jactanciosa lo de hacer figurar á Colón en corso, combate é incendio? Por tal la tiene el ya citado Markham, que dice: «Estas fábulas son debidas á la piedad equivocada de D. Fernando, su hijo (de Colón), y de otros que han creído hacer honor así á la memoria del Almirante.»

De todos modos, los recientes escritos en general, y singularmente el del señor Florentino, que ocasiona estas líneas, si por completo no ponen en claro la verdad, la dejan entrever, disipando algunas nieblas, en nuestra opinión sin perjuicio ni descrédito del gran descubridor, cuyos actos deben estimarse con el harto menos severo criterio moral de la edad en que vivía.

J. V.

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo II.

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo II.